

Andrea Camilleri

# HÁBLAME DE TI

*Carta a Matilda*

Traducción del italiano de  
Carlos Mayor

 narrativa  
salamandra

Título original: *Ora dimmi di te. Lettera a Matilda*

Ilustración de la cubierta: *Niña bailando* © Ferdinando Scianna/Magnum Photos/Contacto

Copyright © Giunti Editore S.p.A. / Bompiani, Firenze-Milano, 2018

[www.giunti.it](http://www.giunti.it) / [www.bompiani.it](http://www.bompiani.it)

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Ediciones Salamandra

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

HÁBLAME DE TI



Matilda, querida mía:

Te escribo esta larga carta a pocos días de cumplir noventa y dos años, cuando tú tienes casi cuatro y todavía no sabes lo que es el alfabeto.

Espero que puedas leerla en la plenitud de tu juventud.

Te escribo a ciegas, tanto en sentido literal como figurado. En sentido literal, porque en los últimos años la vista me ha ido abandonando poco a poco. Ahora ya no puedo ni leer ni escribir, sólo dictar. En sentido figurado, porque no consigo imaginarme cómo será el mundo dentro de veinte años, ese mundo en que te tocará vivir.

Y es que, querida mía, en las tres últimas décadas las transformaciones que se han pro-

ducido a mi alrededor han sido muchas, algunas de ellas absolutamente inesperadas y repentinas. El mundo ya no tiene el mismo aspecto que en mi juventud y mi madurez. Han contribuido a ello los cambios políticos, económicos, civiles y sociales, los descubrimientos científicos, el empleo de la tecnología más avanzada, las grandes migraciones de masas de un continente a otro o el relativo fracaso de nuestro sueño de una Unión Europea.

¿Y por qué siento la necesidad imperiosa de escribirte?

Respondo a mi propia pregunta con cierta amargura: porque tengo plena conciencia, debido a mi proveya edad, de que no se me concederá el placer de verte madurar día a día, de escuchar tus primeros razonamientos, de asistir al crecimiento de tu cerebro. En resumen: me resultará imposible hablar y dialogar contigo. Así pues, estas líneas mías pretenden ser un pobre remplazo de ese diálogo que nunca existirá entre nosotros. Por eso, antes que nada, considero necesario hablarte un poco de mí. Quizá Alessandra, tu madre, te cuente algo, pero prefiero ser yo quien te hable de mí y de mis tiempos con mis propias palabras, aun-

que (así lo deseo de todo corazón) algunas de ellas, como, por ejemplo, «nazismo», «fascismo», «racismo», «campo de concentración», «guerra» o «dictadura», te resulten remotas y obsoletas.

Nací en 1925 en Porto Empedocle, un pueblecito del sur de Sicilia habitado principalmente por pescadores, trabajadores portuarios, carreteros y campesinos. Había poquísimos oficinistas y aún menos comerciantes. Cuando empecé la escuela primaria, me encontré en una clase con niños de mi edad que en su mayor parte vivían en condiciones de semipobreza. Imagínate, los hijos de los campesinos iban al colegio con los zapatos colgados del cuello para no gastarlos y no se los ponían hasta el momento de entrar en el aula. Creo que nunca llegué a comerme entero el almuerzo que mi madre me ponía todas las mañanas en la cartera. Lo compartía casi siempre con mis compañeros, incapaz de soportar sus miradas de hambre y envidia.

Cuando nací, Benito Mussolini llevaba tres años en la Jefatura del Gobierno italiano

y estaba sometiendo rápidamente al país al régimen de la dictadura fascista. Como supongo que ese término, «fascista», te resultará bastante difícil de entender, voy a intentar explicarte lo que sucedió en aquellos años.

En 1918, el final, victorioso para nosotros, de la Gran Guerra debería haber traído a Italia, en teoría, un período de tranquilidad económica y social. Pero las cosas no sucedieron así. Los soldados que volvían del frente tenían dificultades para encontrar trabajo, ya que la transformación en industria de paz de lo que, durante muchos años, había sido la industria bélica no se hizo con rapidez. Además, la relación entre patronos y trabajadores era manifiestamente conflictiva. De todas las promesas hechas a los soldados durante la guerra, no se había mantenido ni una sola. Eran muy habituales los enfrentamientos entre policía y veteranos, o entre policía y obreros. Se llegó al punto de que los terratenientes del Centro-Norte y algunas industrias importantes decidieron que era indispensable una vuelta al orden. Sin embargo, hacía falta una persona que tuviera el carisma necesario y que pudiera ser absolutamente fiel al mandato que se le con-

fiaría. Su elección recayó en un antiguo líder socialista que había dirigido el periódico del Partido Socialista Italiano *Avanti!* Se llamaba Benito Mussolini: había sido un ardoroso defensor de la guerra y más tarde había luchado en primera línea. Para no extenderme demasiado, sólo te diré que Mussolini reagrupó a su alrededor a todos los antiguos combatientes y al sector de la burguesía, que veía un peligro real en el obrero descontento. Inspirándose en la simbología de los antiguos romanos, fundó los Fascios Italianos de Combate, cuyos miembros vestían camisa negra, iban armados con porras y tendían a la violencia. Los llamaban «escuadristas». En poco tiempo, muchas sedes de organizaciones socialistas fueron pasto de las llamas y hubo violentas confrontaciones con muertos por ambas partes. Además, en 1921 se produjo una escisión en las filas socialistas de la que nació el Partido Comunista de Italia, el PCI, cuyo primer secretario fue Antonio Gramsci. Los comunistas se convirtieron en el blanco preferido de los fascistas.

En 1922, Mussolini comprendió que podía contar con el apoyo de la gran mayoría de la población italiana. Así, el 28 de octubre de ese

año, con miles de afiliados a su partido, organizó la llamada «marcha sobre Roma». La situación era gravísima. A las puertas de la capital, los fascistas se toparon con las tropas del ejército italiano. Llegados a ese punto, la guerra civil era inevitable. El primer ministro Facta acudió al rey para decretar el estado de sitio, es decir, para conseguir la autorización para que los soldados dispararan a los fascistas. En ese enfrentamiento, el fascismo sin duda habría quedado aplastado, pero, en lugar de eso, el rey tomó una decisión inesperada y no sólo no firmó el decreto del estado de sitio, sino que incluso recibió a Benito Mussolini en el Palacio del Quirinal, donde le encargó formar gobierno. En aquel momento, Mussolini demostró cierta astucia política, ya que también incluyó en su primer gobierno a liberales, demócratas y socialistas. Sin embargo, todo aquello duró muy poco y enseguida quedó claro que Mussolini aspiraba a ejercer el mando en solitario. La situación se agravó en 1924 al ser asesinado el diputado socialista Giacomo Matteotti, uno de los adversarios más lúcidos y audaces de Mussolini. Ante aquel asesinato político, buena parte del país reaccionó nega-

tivamente y Mussolini vio cómo su poder se tambaleaba, pero con la ayuda de sus escuadristas más alborotadores y violentos, en poco tiempo logró afianzar su posición.

A partir de aquel momento, en Italia el fascismo se transformó en una auténtica dictadura. Mussolini disolvió la Cámara de Diputados y el Senado para crear la Cámara de los Fascios y las Corporaciones, formada por incondicionales; prohibió la publicación de los periódicos de izquierdas; ordenó detener a Antonio Gramsci (al que luego prácticamente dejó morir en la cárcel); y sofocó con violencia cualquier manifestación de disconformidad. Como necesitaba jóvenes para sus objetivos expansionistas, inició una política demográfica un tanto descabellada que premiaba a las familias que tuvieran más hijos, eximía del pago de impuestos a los matrimonios jóvenes que en menos de un año dieran, como se decía entonces, «un hijo a la patria», y gravaba la soltería. Se produjo entonces un curioso fenómeno, y es que, con la excepción de unos pocos políticos que huyeron al extranjero, el fascismo conquistó con rapidez el favor de casi todos los italianos. Después Mussolini tensó aún más la

cuerda: quiso que todos los empleados del Estado juraran fidelidad al régimen fascista y se sacaran el carnet. Todos, y digo bien, todos los funcionarios del Estado, desde los maestros de escuela primaria hasta los profesores de universidad, desde los magistrados hasta los ujieres, obedecieron la orden. Hay que señalar, para su eterno mérito, que hubo veinticuatro profesores universitarios que se negaron a jurar lealtad y por ello fueron expulsados de su cátedra. En 1925, cuando, como te decía, nací yo, el fascismo era ya una dictadura consolidada. Había alistado tanto a los niños como a los jóvenes en organizaciones paramilitares. Los sábados nos poníamos el uniforme fascista e íbamos a hacer maniobras. En su momento, entré a formar parte de la Obra Nacional Balilla; nuestro lema era «Libro y mosquetón, fascista a la perfección», aunque en realidad mis compañeros leían poquísimos libros o sencillamente no leían en absoluto.

Yo, en cambio, era una excepción. A los cinco años ya había aprendido a leer y a escribir con ayuda de mi madre y de mi abuela materna, Elvira; a los seis, ya había hincado el diente a la biblioteca de mi padre, que estaba

muy bien surtida. Así, empecé a leer no libros infantiles o juveniles, sino de adultos, las novelas importantes. Mis primeras lecturas fueron, de hecho, Conrad, Melville y Simeon. Y ya no paré de leer. No dejaba de sorprenderme la forma en que las palabras escritas me llegaban al cerebro, casi como si me las hubieran dicho en voz alta: aquel milagro me fascinaba. En el colegio, los maestros nos repetían a diario el lema mussoliniano, «Creer, obedecer, combatir», y ensalzaban la inteligencia del Duce, que era como se hacía llamar Mussolini, y su voluntad de engrandecer Italia. Todos los sábados, después de las maniobras, nos llevaban a la iglesia, donde el cura nos enseñaba el catecismo, aunque no dejaba escapar la oportunidad de recordarnos que el Papa había descrito a Mussolini como «el hombre enviado por la providencia» divina, por lo que había que seguirlo ciegamente. Así pues, era inevitable que a los diez años yo fuera un ferviente fascista, hasta tal punto que, cuando en 1935 Mussolini declaró la guerra a Abisinia, le escribí pidiéndole autorización para ir como voluntario al campo de batalla. Para mi sorpresa y alegría, recibí una carta de

respuesta en la que me decía que todavía era demasiado joven.

Al año siguiente, en 1936, estalló una segunda guerra, la de España, que marcó una especie de línea divisoria entre fascistas y anti-fascistas. Y es que, por aquel entonces, la mayor parte de Europa estaba en manos de dictaduras y no de gobiernos democráticos: en Rusia, Stalin; en Italia, Mussolini; en Alemania, Hitler; en Portugal, Salazar. Con la Guerra Civil española surgió un nuevo dictador, Francisco Franco. En todo el continente sólo quedaban dos grandes democracias, Francia y el Reino Unido, de modo que el enfrentamiento entre esas ideologías opuestas se hizo inevitable, y en 1939 los planes expansionistas de Hitler provocaron el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando, en 1940, los italianos acabamos entrando en la contienda como aliados de Hitler, ya no me mostré tan entusiasta, puesto que en casa había visto a mis dos abuelas llorar en silencio. En la guerra anterior, cada una de ellas había perdido a un hijo en el campo de batalla.

—La guerra —me decía la abuela Elvira mientras me acariciaba— es siempre algo horroroso.

Por aquella época, también mi padre se paseaba por casa con gesto sombrío, y una mañana oí cómo le decía a mi madre que la declaración de guerra había sido un error espantoso de Mussolini. Me quedé atónito. Papá había luchado en primera línea en la guerra de 1915 a 1918, y luego había sido fascista de primera hornada. Así pues, no podía dejar de preguntarme, si Mussolini era infalible, como afirmaban los jerarcas fascistas, si Mussolini era el hombre de la providencia enviado por Dios para el bien de Italia, como predicaban los curas en el colegio, ¿cómo había podido cometer tal error?

Ésa fue, en realidad, la segunda fisura de mi fe fascista. La primera se había producido poco antes, en 1938. Una mañana, en el colegio, un compañero que se llamaba Ernesto Pera fue a despedirse de mí al acabar las clases.

—A partir de mañana ya no nos veremos —me dijo—, no puedo seguir viniendo a este colegio.

Como era hijo de un ferroviario, le pregunté si habían trasladado a su padre.

—No —me contestó—, no puedo seguir viniendo porque soy judío.

¿Y por qué un judío no podía ir al mismo colegio que yo? Al volver a casa al mediodía le pedí explicaciones a mi padre, que al instante se puso colorado y, con voz alterada, replicó:

—No debes creerte esas estupideces sobre los judíos; los judíos no tienen nada distinto a nosotros, son exactamente como nosotros. Esa historia de la raza es un invento de Hitler. Y Mussolini no ha querido ser menos. Pero no te creas lo que te digan. Todos somos iguales.

Y ahora, a los noventa y dos años, tengo que decir que nunca dejaré de estar agradecido a mi padre por esas palabras.

Lo que dio el golpe de gracia a mi fe fascista fue el encuentro internacional de las juventudes nazis y fascistas que se celebró en el Teatro Municipal de Florencia en la primavera de 1942. Desde primera hora, el teatro se abarrotó de jóvenes procedentes de todas partes de Europa, naturalmente de la Europa ocupada por los nazis: griegos y polacos, húngaros y rumanos, albaneses y eslavos y, por descontado, una abundante representación de la juventud alemana. Íbamos todos de uniforme. A mí, que